

CAPÍTULO XVIII

VIAJE EN DOS ETAPAS

LA TARDE: SAINT-CLOUD, VERSAILLES, DREUX.—LA NOCHE: VERNEUIL, LAIGLE.

DESCENSO EN EL ORNE

La ascension del martes 18 de junio se dirigió al Oeste desde el momento de nuestra partida. En la de la tarde me acompañaban el baron de Rochetaillé y M. Eugenio Godard; en la de la noche, este último no mas.

Si el arco de la Estrella es la puerta mas imponente de la gran ciudad, el Oeste es asimismo la via aerostática mas magnífica para salir de la metrópoli; ninguna ruta vale lo que esa. Desde el primer minuto de nuestro viaje nos rodea un gran silencio. Apenas nos hemos despedido de nuestros amigos, apenas hemos advertido que no pertenecemos ya á la tierra, cuando nos hallamos sobre esa risueña y verde arboleda que se llama bosque de Boloña. Divisanse los estanques bajo un cielo azul, rodeados de verde follaje; algunos velos blancos flotan en su superficie como el velo de una vírgen; angostos senderos de oro cruzan el gran parque, describiendo armoniosas curvas. El bosque, dividido por grupos de plantales de distintos matices, nos presenta el color de la esmeralda, de variadas transparencias, en las que se reconoce la mano de la naturaleza.

A nuestros piés pasan rápidamente las verdes avenidas, apareciendo el parque del memorable castillo de la Muette, en cuya plazuela tuvo lugar, el 21 de octubre de 1783, á la una de la tarde, el *primer viaje aéreo*;

desde allí los hombres osaron aventurarse por vez primera en las desconocidas vias del espacio atmosférico.

Es sabido que Luis XVI se resistió á conceder el permiso para explorar un mundo tan nuevo, temeroso de que los viajeros fuesen engañados por la pérfida region de los meteoros, que pereciesen extraviados en el misterio, y que el fuego de la mongolfiera pusiera su vida en peligro, ó incendiara cuanto encontrase á su paso. El rey accedió tan solo á que se hiciera el experimento con dos reos de muerte que se embarcarian en la navicilla; pero Pilatre des Roziers, el primer aeronauta, se indignó ante la sola idea de que «unos viles criminales tuviesen la gloria de ser los primeros en remontarse por los aires.» Rogó, suplicó, y gracias á la duquesa de Polignac, aya de los príncipes, consiguió verificar la primera ascension en montgolfiera, acompañado de su amigo el marqués de Arlandes. Desde aquella plazuela se elevó el globo aéreo para atravesar la ciudad de París, y allí fué donde Benjamin Franklin firmó el acta del acontecimiento.

El mismo Pilatre des Roziers pagó con su vida, dos años despues, su imprudente tentativa de atravesar la Mancha en una mongolfiera. Apenas se habia elevado en la atmósfera, desgarróse el globo en una extension de muchos metros y se prendió

fuego á la tela. El desgraciado jóven cayó á trescientos pasos de la orilla del mar, estrellándose contra las rocas.

Mas apenas habia repasado en mi memoria tan triste historia, cuando nos hallábamos ya encima del castillo de Saint-Cloud. A las 5 y 25 minutos, once despues de nuestra partida, estábamos á 600 metros de altura sobre Boulogne. En aquella region, el higrómetro marcó 60 y 61 grados en vez de los 57 que marcaba á los 460 metros. El termómetro habia bajado 4°. Probablemente dependeria de la humedad de esta region de la atmósfera el que el globo suspendiera su movimiento ascendente, y bajara con gran rapidez. Arrojamus en dos minutos hasta veinte kilogramos de lastre, á pesar de los cuales descendimos en tres minutos desde 600 á 230 metros. Atravesamos el Sena á tan pequeña altura, y merced á otros kilogramos de lastre, nos remontamos en seguida lentamente hasta 1,080 metros, pasando por encima de Versailles.

La série de paisajes que contemplamos á continuacion es la mas encantadora de los alrededores de París, así como tambien la mas memorable en los fastos de la navegacion aérea. En efecto, en el gran patio del castillo de Versailles se verificó el primer ensayo de transporte aéreo, el 19 de setiembre de 1783, en presencia de Luis XVI y de María Antonieta. Atóse al globo construido por los hermanos Montgolfier una jaula de mimbres, dentro de la cual iban un carnero, un gallo y un pato. Cuando se encontró la jaula y el globo en el bosque de Vaucresson, el carnero comia tranquilamente, al pato no le habia sucedido nada, pero el gallo se rompió la cabeza.

Mientras recordábamos estos detalles, el esquife aéreo se deslizaba silenciosamente por las azuladas regiones. El palacio y el parque del rey-sol (1) se habian perdido en

(1) Luis XIV, fundador del sitio real de Versailles, y á quien se daba este sobrenombre por haber adoptado el Sol por divisa. (N. del T.)

lontananza, y á nuestros piés acampaban los sucesores de los guardias franceses. Cinco filas de setas blancas, y algo mas allá otras treinta y cuatro de los mismos comestibles en tres hileras irregulares, destacaban sobre la verde llanura. Eran las tiendas del campamento de Satory.

Un rebaño de carneros paze en el lindero de los campos. Esas pequeñas masas blancas, animadas de un débil movimiento, parecen enteramente esos gusanillos que los pescadores llaman lombrices. En cuanto al pastor, ya es otra cosa; estando de pié, su proyeccion mide un ángulo demasiado cerrado para que pueda verse desde la altura á que nos encontramos. Para apreciar un hombre en su justo valor, es menester verle de frente, y no por arriba ni por abajo.

París ha desaparecido entre la bruma. El último aspecto que nos ha ofrecido ha sido el de una llanura sembrada de guijarros blancos alumbrados oblicuamente por el Sol.

A las 6 y 9 minutos dejamos á Saint-Cyr á nuestra derecha. El globo da media vuelta sobre sí mismo, y el Sol, que estaba á mi izquierda, pasa á mi derecha. La linea de navegacion sigue siendo la misma.

Óyese cantar un gallo, signo de civilizacion, y en efecto, estamos sobre la aldea de Nuestra Señora de la Roca. A partir de aquí, navegamos á reducida altura, á 50, 80 y 100 metros del suelo, segun los accidentes del campo. Vamos admirando pintorescos valles cuyos árboles casi rasamos; podríamos elevarnos sin dificultad á 500 ó 600 metros, arrojando lastre, pero son tan hermosos estos paisajes, que seria una cosa imperdonable no hacer caso de ellos. Además, pueden hacerse importantes observaciones, desde tan corta elevacion, sobre la humedad y el rocío, y por consiguiente, aprovechamos esta coyuntura.

El higrómetro se ha elevado sucesivamente á 70°, á medida que el globo ocupaba zonas mas bajas, y que trascurría el tiempo. Nuestra velocidad de translacion ha variado

constantemente; al partir era de 375 metros por minuto; entre las 5 y 30 y las 5 y 50, llegó á 385, cuando alcanzamos nuestra mayor altura; bajó á 383 desde las 5 y 50 hasta las 6 y 30, y era de 310, cuando estuvimos mas bajos. En el último período de esta etapa, entre Essarts y Villemeux, fué de 415 metros por minuto, mientras bogábamos entre los 180 y 540 metros de altura.

Al vernos llegar á Essarts, los muchachos gritan y los patos huyen. Todos los vecinos salen de las casas y siguen nuestra ruta por la orilla de la laguna de San Huberto, que vamos á atravesar—¡Qué se ahogan! ¡Qué se ahogan! esclaman por todas partes.— Debo decir aquí que el mejor medio para conocer cuál es la poblacion de un país consiste en pasar por él en un globo: ni una sola persona se queda en su casa, pudiéndose contar los habitantes como las cuentas de un rosario. Los buenos vecinos de Essarts habian abandonado su aldea y nos seguian á la carrera con ingénuo curiosidad, hasta las anchurosas lagunas consagradas al nombre del patron de los cazadores, que tuvo el caro privilegio de ver una cruz de hueso virginal entre los cuernos del ciervo legendario. Cuando llegaron al borde de la laguna, se quedaron algo desconcertados al ver que su prevision no se realizaba, pues en la frontera de Normandía tienen ya las personas ese aire socarron que demuestra el placer que causa el mal de otro. En realidad no corriamos el menor peligro, puesto que teníamos á nuestra disposicion suficiente lastre para ir mucho mas léjos. Pasamos casi tocando la superficie del agua, y tirando luego, un saco de arena, nos remontamos progresivamente hasta 500 metros de altura.

El experimento mas curioso que puede hacerse al pasar sobre un lago, ó un ancho rio, es la observacion del eco. Ninguna superficie puede compararse á la del agua para devolver con pureza las ondulaciones sonoras. Todos los cumplidos que se dirijen á la limpida llanura se reproducen con la

mas rigurosa sinceridad, en tanto que los gritos mas sonoros quedan sin eco sobre las praderas y los campos. Por ejemplo: habiendo preguntado Eugenio Godard á la laguna de San Huberto: «¿Cuántos planetas hay?» esta nos dirigió la misma pregunta, demostrándonos que la habia oido perfectamente, pero que seguramente ignoraba la respuesta. Godard no quiso ser menos galante que la laguna, y le dijo en dos veces: «Mercurio, Venus, la Tierra, Marte;—Júpiter, Saturno, Urano, Neptuno.» Nombres que fueron reproducidos íntegramente, sobre todo el segundo que lo fué con mucha suavidad, tal vez recordando el nacimiento de Venus. «¿Cómo son los habitantes?» añadió nuestro compañero de viaje; pero el lago habia quedado atrás, y no respondió.

Atravesamos enseguida una parte del bosque de Rambouillet, dejando la ciudad á 4 kilómetros á la izquierda. A las 7 y 40 minutos salimos del departamento del Sena y Oise para entrar en el de Eure y Loira. Advertimos al pasar que los indigenas parecian menos inteligentes que en otras partes.

A las 8 y 4 minutos se puso el sol: nosotros seguimos admirándole cuando no existia ya para la llanura: su forma circular se habia modificado, convirtiéndose en un disco aplanado superior é inferiormente á causa de la refraccion atmosférica. El curso sinuoso de un riachuelo nos impidió bajar antes de llegar á Villemeux. Muchos centenares de personas saludan la llegada del globo; pero un puñado de lastre nos basta para pasar por encima de la poblacion, y para bajar poco á poco al otro lado, cerca de los jardines que hay en la parte posterior de cada casa. Son las 8 y 7 minutos: la línea recorrida por el globo es de 85 kilómetros: hemos venido casi en línea recta desde París, oblicuando un poco al oeste á última hora.

Las observaciones mas importantes de este viaje debian ser las de la noche; tales como la de la variacion de la humedad del aire y de la temperatura segun las alturas;

principio de la aurora en el solsticio de verano y gradacion de su luz; intensidad de la luna; brillo de los planetas y formacion de las nieblas antes de la llegada del día. Yo debia reanudar este viaje solo con

mi piloto; pero por mucha que sea la satisfaccion que el alma sienta en la contemplacion de las cosas celestes, el cuerpo reclama un alimento mas sustancioso. *Mens sana in corpore sano*, es decir, vamos á cenar á

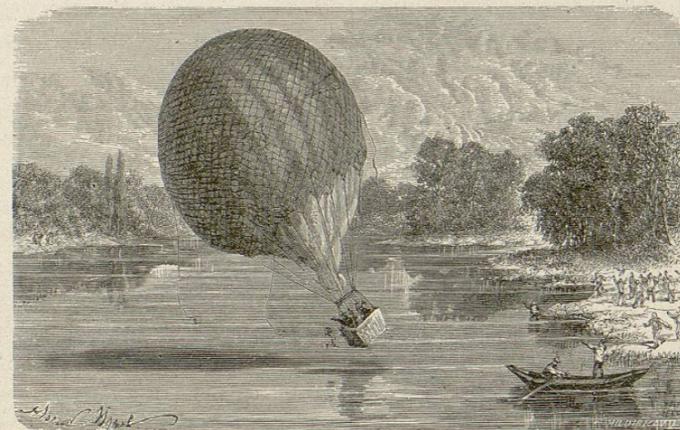


Fig. 55.—¡QUE SE AHOGAN! ¡QUE SE AHOGAN!

Dreux antes de remontarnos de nuevo. Dreux no distaba mas que diez kilómetros.

Los habitantes de Villemeux comprendieron nuestras intenciones, y nos condujeron por la calle Mayor hasta la plaza del pueblo. Las calles estaban alumbradas por algunos reverberos, y los hilos del telégrafo, tendidos horizontalmente á través del camino, dificultaban la traslacion del globo. Gracias á la combinacion de las dos cuerdas por medio de las cuales nos remolcaban, pudimos llegar al estremo de la calle, y á las dos horas y media á Dreux. Los que nos habian conducido decian que estaban cansados, pero yo les demostré algebraicamente y en virtud del principio de Arquímedes, que *no debian* estarlo, puesto que el globo no es más pesado que el aire; no me atreveré á asegurar que mis raciocinios les dejaran muy convencidos. Dos horas y media de paseo en globo cautivo constituyen una situacion de las mas agradables á la entrada de la noche, y al salir la luna y las estrellas. Sin duda llegará un día en que, en lugar de atravesar el desierto sobre

la joroba de un camello, se utilice este suave sistema de locomocion, y remolquen los dromedarios el globo del jefe de la caravana. Llegamos á Dreux á eso de las diez y media, pero no pudimos entrar en la poblacion á causa de los hilos del telégrafo, por cuya razon dispusimos que nuestros remolcadores vivaquearan á la entrada de la ciudad mientras nosotros íbamos á cenar á la fonda.

II

La plateada luz de la luna descendia desde lo alto de los cielos cual divino rocío; en la paz del cielo límpido titilaban las pálidas estrellas, y la tierra yacia sumida en un profundo sueño, como un sér viviente que descansa del trabajo, y recobra en silencio sus gastadas fuerzas.

Todo dormia en las vastas llanuras. Los pequeños séres alados que charlan en los bosques, las aves y los insectos habian dado tregua á su armonioso murmullo. Ni siquiera suspiraba el viento entre los árboles, y

ni el menor hálito del céfiro acariciaba la superficie de la tierra.

Habíamos dejado á las puertas de la ciudad el esquiŕe aéreo mas lijero que el aire, llenando de piedras nuestra barquilla, por temor de que volara á su dominio. La guardia de honor que le habíamos dado no tuvo mucha dificultad en sujetarlo, porque como el aire estaba absolutamente tranquilo, el globo guardó una inmovilidad completa.

Tan luego como se le alivió del peso que le retenia en el suelo vulgar, subió lentamente al cielo. Mi piloto, sentado delante de mí, iba tirando con precaucion el lastre sagrado, sin separar sus ojos del barómetro; y yo, confiando en su celo y en la seguridad del globo, me entregué libremente á dos clases de satisfaccion: la contemplacion y el estudio.

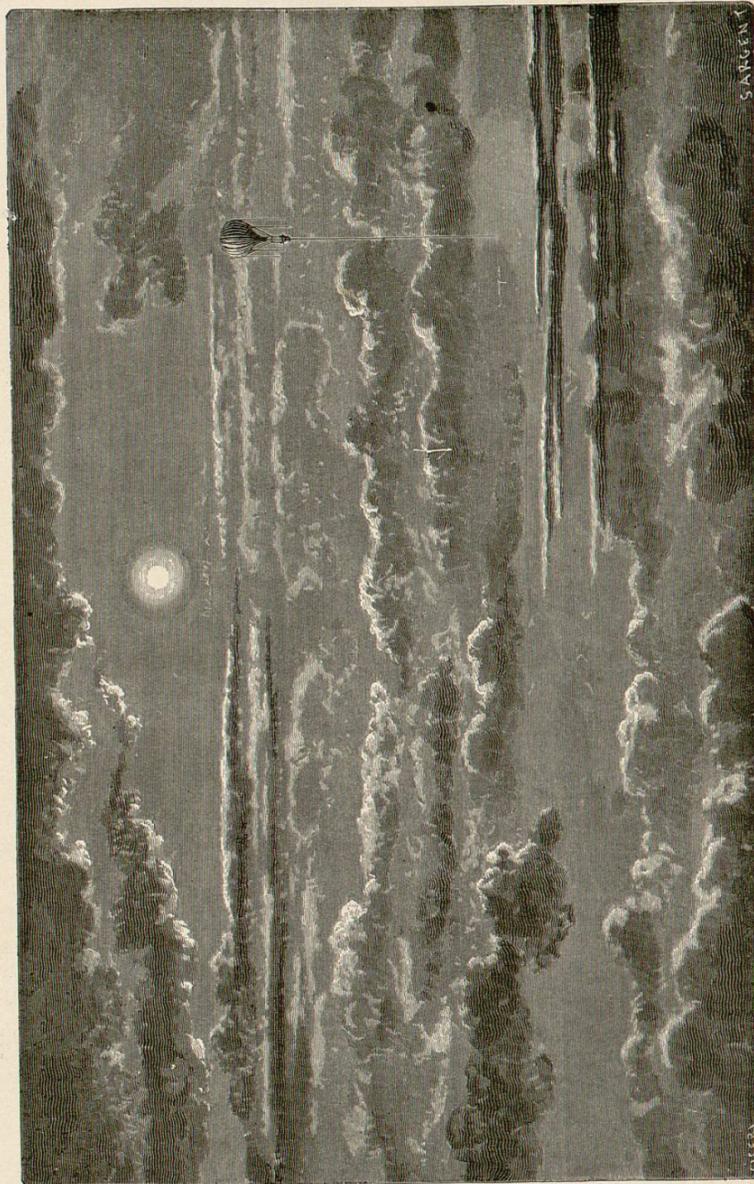
Causa una sensacion mas dulce y mas profunda que las precedentes el viajar silenciosamente por el espacio durante una hermosa noche de verano. Al considerar la tierra, al sondear el espacio inferior, no adverti en mí esa sensacion de aislamiento que me habia impresionado desagradablemente, cuando, en pleno sol, y á 3000 metros de altura, comparaba la elevacion y la exigüidad de mi esfera de gas con la magnitud de la inmensa llanura que á mis piés se extendia. Allí, no sentia en mí tanta vida; aquí, por el contrario, siendo los únicos séres animados, vivimos y flotamos sobre el sueño de los demás.

Efectuamos nuestra ascension á la 1 y 25 minutos de la madrugada, despues de reconocidos todos los instrumentos; era exactamente la hora del paso de la luna por el meridiano. A las 2 habíamos llegado á 1440 metros de altura. El barómetro habia bajado desde 753,7 hasta 631,2; el termómetro de 10° á 5°; el higrómetro de 97 á 84, despues de haber pasado por un minimo de humedad á 800 metros de altura; por consiguiente la variacion de la humedad de las capas de aire no es la misma de noche que de dia.

Lo que me llamó mas la atencion en este viaje fué la velocidad del viento y el desalojamiento del aire segun la altura. Al pasó que, por lo comun, los vientos de tierra son *durante el dia* más intensos que las corrientes superiores, por el contrario los vientos superiores son los mas fuertes *durante la noche*. No pretendo, sin embargo elevar este carácter á la categoria de regla general, porque mi experimento no ha sido lo suficientemente largo para poder afirmarlo desde luego.

En la tierra estaba el aire absolutamente en calma, mas apenas llegamos á 100 metros de altura, nos vimos impelidos con una velocidad bastante notable, que iba creciendo conforme subíamos. Esta velocidad fué, por término medio, de 10°40 *por segundo* durante la primera hora, y de 11°95 durante la segunda. En nuestro viaje nocturno no seguimos enteramente la misma direccion que en el de la tarde. He advertido que suele suceder con frecuencia que las lineas aerostáticas, y por consiguiente las grandes corrientes, se inclinan formando una curva, enderezándose hácia el oeste y el noroeste.

Al verme llevado por los vientos del cielo por encima de la tierra adormecida, no pude menos de reflexionar que lá ley de la circulacion atmosférica es sin duda una de las causas de la conservacion de la vida y de la juventud de la naturaleza. Durante el dia, el aire surca la superficie de la tierra, templando los ardores de la vida, mezclando el calor solar y los perfumes de las plantas en la respiracion de los séres animados, y esparciendo sobre cada uno de ellos la abundancia y la renovacion. Durante la noche, los hijos de la tierra se adormecen en el regazó de la naturaleza; no hay nada que turbe su reposo, y las sensitivas dormitan en paz, como los pájaros de los bosques. Pero al mismo tiempo se efectúa una inmensa circulacion sobre la esfera del sueño, y los vientos superiores envuelven la tierra, restableciendo por do quiera el equilibrio de los principios y de las funciones;



EFECTO DE LUNA